

El 11 de septiembre y sus consecuencias: ¿hacia dónde se dirige el mundo?¹

Por Noam Chomsky*

Las estremecedoras atrocidades del 11 de septiembre son vistas ampliamente como un evento histórico, y eso es indudablemente cierto. Mas debiéramos pensar claramente por qué lo es. Estos crímenes tuvieron quizá el más devastador número de víctimas instantáneas del que se tenga registro, fuera de la guerra. Pero la palabra “instantáneo” no debiera pasarse por alto. Es desafortunado pero cierto que el crimen está lejos de ser inusual en los anales de la violencia que no llega a la guerra. Las consecuencias del 11 de septiembre son sólo una de las innumerables ilustraciones de ello.

A pesar de que la escala de la catástrofe que ya ha tenido lugar en Afganistán sólo puede adivinarse, y apenas podemos hacer especulaciones respecto de lo que podría venir, nosotros conocemos las proyecciones sobre las cuales se basan las decisiones políticas. Y a partir de éstas podemos obtener cierta perspectiva de hacia dónde se dirige el mundo. La respuesta, desafortunadamente, es que se mueve por senderos ya recorridos, si bien ciertamente hay cambios.

Los crímenes del 11 de septiembre son sin duda un punto crítico histórico –pero no debido a la escala, sino más bien debido a la elección del objetivo. Para los Estados Unidos, ésta es la primera vez desde que los británicos quemaron Washington, en 1814, que el territorio nacional ha estado bajo ataque, o incluso bajo amenaza.

Por otra parte aún antes del 11 de septiembre, gran parte de la población de Afganistán confiaba en la ayuda alimentaria internacional para su supervivencia. Las estimaciones actuales de las Naciones Unidas, entre otras, no han sido cuestionadas seriamente: el número de personas en riesgo desde el 11 de septiembre, como consecuencia direc-



ta de la amenaza de bombardeos y ataques, se ha incrementado de aproximadamente dos millones y medio, hasta llegar estimativamente a siete millones y medio. Las peticiones para que se detenga el bombardeo a fin de permitir el envío de comida que se necesita con desesperación han sido reprobadas virtualmente sin comentarios. Las peticiones venían de altos oficiales de Naciones Unidas y agencias de beneficencia, entre otros.

La *U.N. Food and Agriculture Organisation* (FAO) ya había advertido, incluso antes del bombardeo, que más de siete millones de personas se enfrentarían al hambre si se daba inicio a acciones militares. Después de que el bombardeo comenzó, informó que la amenaza de una catástrofe humanitaria en el corto plazo era muy seria, y más aún, que el bombardeo ha afectado la siembra del 80% de la provisión de granos del país, de manera que las consecuencias serán incluso más severas el año entrante.

Cuáles serán los efectos, nunca lo sabremos. El hambre no es algo que mate a las personas instantáneamente. Las personas comen raíces y hojas y así sobreviven durante algún tiempo. Los resultados del hambre podrían ser la muerte de chicos nacidos de madres desnutridas dentro de uno o dos años, y todo tipo de consecuencias. Más aún, nadie va a fijarse en ello porque Occidente no está interesado en esas cosas. Existen muchos ejemplos. Así, en agosto de 1998

* Profesor del Departamento de Lingüística, Massachusetts Institute of Technology.

Traducción: Florencia Enghel
Revisión Técnica: Atilio Boron

Clinton bombardeó Sudán, y destrozó la mitad de su provisión de remedios y la fábrica que los producía. Las consecuencias allí, no se conocen. Los pocos intentos para estimar el número de víctimas –por parte de la Embajada Alemana en Sudán y de unos pocos investigadores independientes, que las han examinado– se refieren a aproximadamente decenas de miles de personas. Algo comparable, aunque probablemente en una escala considerablemente más grande, se está revelando ante nosotros en este momento. No sabemos cuáles serán las consecuencias, y probablemente nunca las conoceremos en detalle. Pero lo que sí sabemos es que éstas son las expectativas sobre las cuales la civilización occidental se basa a medida que despliega sus planes. Y sólo quienes ignoran por completo la historia moderna serán sorprendidos por el curso de los acontecimientos, o por las justificaciones provistas por las clases educadas.

Permítanme dedicarme a otra categoría de cuestiones, tendencias de largo plazo que están en curso y que persistirán sin un cambio esencial, si bien hay un cambio en ello también.

La más importante es la escalada instantánea de las políticas que plantean la mayor amenaza inmediata a la supervivencia, a saber, las que expanden los medios de destrucción masiva. Para los poderosos, las armas nucleares son el arma elegida. El *U.S. Strategic Command*, la más alta autoridad militar, describe las armas nucleares como el corazón del arsenal, porque “a diferencia de las armas químicas o biológicas, la destrucción extrema resultante de una explosión nuclear es inmediata, con pocos –si existiera alguno– paliativos para reducir su efecto”. Más aún, “las armas nucleares siempre proyectan una sombra sobre cualquier crisis o conflicto”. Este estudio aconseja además que los planificadores no sean “retratados como racionales y serenos”. “La posibilidad de que los Estados Unidos se tornaran irracionales y vengativos si sus intereses vitales son atacados debiera ser parte de la persona nacional que pro-

yectamos”. Es “beneficioso” para nuestra postura estratégica que “algunos elementos parezcan estar potencialmente fuera de control”.

Para el futuro, también debemos enfrentar el hecho de que pequeñas armas nucleares pueden ser introducidas ilegalmente en cualquier país con relativa facilidad, y recordar que son pequeñas –una bomba de plutonio de 7 Kg. puede cruzar una frontera en una valija. Hay un reciente estudio técnico que concluye que “una operación bien planeada para introducir ilegalmente armas de destrucción masiva en los Estados Unidos tendría al menos un 90% de probabilidades de éxito, mucho más altas que el lanzamiento de un ICBM (Misil Balístico Internacional) incluso en ausencia de [Defensa Misilística Nacional].”

Dediquémonos ahora a otra tendencia aparentemente inexorable –la destrucción del medio ambiente que sustenta la vida humana. La Administración Bush ha sido ampliamente criticada por socavar el Tratado de Kyoto. Las bases presentadas sostienen que atenerse al tratado dañaría la economía norteamericana. Esas críticas son más bien sorprendentes, porque las decisiones son enteramente racionales en el contexto de la ideología existente. Diariamente se nos instruye para que seamos firmes creyentes en los mercados neoclásicos en los cuales individuos aislados son maximizadores racionales de riqueza. El mercado responde perfectamente a sus votos, que se expresan en aportes monetarios. El valor de los intereses de una persona se mide de la misma forma. En particular, los intereses de quienes no tienen votos, ni dólares, se valoran en cero: las generaciones futuras, por ejemplo, que no tienen aportes de dólares en el mercado.

Permítanme dedicarme a la última de las cuestiones que he mencionado –el proceso llamado “globalización”. Pero primero seamos claros respecto del concepto. Si usamos el término neutralmente, globalización significa tan sólo integración internacional, bienvenida o no dependiendo de las consecuencias humanas. En los sistemas doctrinales occidentales, que prevalecen en todas partes como resultado del poder occidental, el término tiene un significado algo diferente y más puntual. Se refiere a una forma específica de integración internacional que se persiguió con particular intensidad en el último cuarto de siglo. Está diseñada primariamente en función del interés de concentraciones privadas de poder, y los intereses de todos los demás son secundarios. Con esa terminología puesta en su lugar, la gran masa de personas alrededor del mundo que hacen objeciones a estos programas pueden ser identificadas como “anti-globalización” –de hecho, siempre lo son. La fuerza de la ideología y el poder es tal que ellos incluso aceptan esta designación ridícula. Pueden entonces ser ridiculizados como “primitivistas” que quieren retroceder a la “Edad de Piedra”, perjudicar a los pobres, y otros términos abusivos con los



cuales estamos familiarizados.

Es la forma en que esperaríamos que funcione un sistema de propaganda, pero resulta un poco sorprendente debido a que es tan poderoso que incluso sus víctimas lo aceptan. No debieran. Ninguna persona cuerda se opone a la globalización. La cuestión es qué forma cobra ésta.

La forma específica de la integración internacional que se está persiguiendo se llama “neoliberal”, pero eso también es altamente engañoso. Las políticas no son “nuevas” y de ningún modo son “liberales”. Eso debiera resultar particularmente obvio aquí. La historia de Inglaterra e India durante dos siglos ilustra muy gráficamente cómo el liberalismo puede transformarse en un instrumento de poder y destrucción. Y la versión actual conserva la tradición, mantiene la tradicional doctrina de doble filo de libre comercio y liberalismo —está bien para ti de manera que yo pueda demolerarte, pero yo voy a insistir en la protección del poderoso “Estado Benefactor” y otros dispositivos para asegurarme de no estar sujeto a la disciplina de mercado, excepto cuando el campo de juego está “nivelado”, esto es, tan marcadamente inclinado en mi favor, que confío en poder ganar. Esa es una buena parte de la historia de India durante un par de cientos de años.

El hecho de que las nuevas versiones doctrinarias simplemente adapten las circunstancias actuales a las tradicionales, no debiera tomarnos por sorpresa. Es exactamente lo que esperaríamos al dar una simple mirada a los diseñadores —los estados más ricos y poderosos, las instituciones financieras internacionales que siguen sus directivas, y su variedad de megacorporaciones tendientes al oligopolio en la mayoría de los sectores de la economía, altamente dependientes del sector estatal para socializar riesgos y costos y para mantener el dinamismo de la economía, a menudo bajo una cobertura militar.

Estas concentraciones de poder suelen denominarse modestamente a sí mismas la “comunidad internacional”, pero quizás un término utilizado por la prensa económica es más apropiado. En enero del año pasado, en la Conferencia Anual de Davos, fueron descriptos por el *London Financial Times* como los “Amos del Universo”. Dado que los Amos profesan ser admiradores de Adam Smith, podríamos esperar que cumplan con esta descripción de su comportamiento, si bien él sólo los llamó “Amos de la Humanidad”. Después de todo, ello fue antes de la Era Espacial. Smith se refería específicamente a lo que llamó “los arquitectos principales de la política” de su tiempo —los “mercaderes y fabricantes” de Inglaterra que se aseguraron de que sus propios intereses recibieran “peculiar atención”, sin importar cuán “penoso” fuera el impacto sobre los otros, incluyendo el pueblo de Inglaterra. En su tiempo, él condenó con particular vehemencia los crímenes de Inglaterra en India. “Los



principales arquitectos”, escribió, “adoptan la máxima vil de los amos de la humanidad: Todo para nosotros, y nada para nadie más”. Y ello persiste.

Con el transcurso del tiempo, en los desarrollos que seguramente hubieran horrorizado a los fundadores del liberalismo clásico, se le han concedido a las corporaciones los derechos de personas inmortales mediante activismo judicial radical, otorgándoles derechos que van más allá de las meras personas en acuerdos económicos internacionales recientes. Entonces por ejemplo, la General Motors puede demandar “tratamiento nacional” en México, pero a un mexicano de carne y hueso no le iría muy bien si demandara tal tratamiento después de cruzar la frontera a Texas, presuponiendo que lograra cruzar con vida (muchos no lo consiguen).

Los derechos de estas tiranías privadas, que es lo que en realidad son, están siendo extendidos a los actuales acuerdos de comercio, que permiten a las concentraciones de poder privado atacar las regulaciones gubernamentales concernientes a la salud, la protección del medio ambiente, los derechos de los trabajadores, etc. —en base a que estos son “equivalentes a expropiación” porque amenazan las ganancias futuras. En una embestida ulterior sobre los principios liberales clásicos, estos sistemas gigantescos de inaudito poder privado asumen el rol de administrar los mercados. Ello incluye transferencias intra-firma (transferencias de un lado a otro de las fronteras con una entidad corporativa particular), subcontratación, alianzas estratégicas, y una gama completa de otros dispositivos para evadir la disciplina de mercado, y que de hecho constituye la mayoría de lo que equivocadamente se denomina “comercio”. Cuando ustedes escuchen que el comercio está subiendo, el he-

cho es que en términos clásicos probablemente esté bajando.

Estas políticas y sus consecuencias humanas han sido cuestiones de gran preocupación por fuera de los órdenes de importancia de los Amos del Universo. En el sur, ha habido protestas populares en gran escala, durante muchos años, en contra del nuevo régimen económico. Son más difíciles de ignorar cuando los países ricos aúnan esfuerzos, tal como lo han hecho en los últimos años. En los Estados Unidos, a pesar de apoyos articulados casi unánimes a favor de los acuerdos de libre comercio, o como los llama más honestamente *The Wall Street Journal*, “acuerdos de libre inversión”, la población se ha seguido oponiendo tenazmente. Esa es la razón por la cual el NAFTA (*North American Free Trade Agreement*) debió ser impuesto efectivamente en secreto diez años atrás. Y hasta el día de hoy, la posición oficial del movimiento de trabajadores no ha podido expresarse en la prensa libre, así como tampoco las muy similares críticas y propuestas alternativas por parte de la agencia de investigación del Congreso, la *Office of Technology Assessment*. Es extremadamente importante evitar que el público sepa que su oposición a estos tratados está bien fundada en un análisis muy respetable.

Podríamos preguntarnos por qué la oposición pública a la globalización, a lo que se llama globalización, ha sido tan alta durante muchos años. Ello resulta extraño en una era en la cual la globalización ha llevado a una prosperidad sin precedentes, tal como se nos dice constantemente. Y esto se supone cierto en particular en los Estados Unidos, con su “economía de cuento de hadas”. A lo largo de la década de 1990, los Estados Unidos disfrutaron “el más grande boom económico en la historia de América –y del mundo”. En este sentido vale la pena citar a Anthony Lewis en *The New York Times* cuando en marzo del año pasado repetía el refrán sobre “el fin de la izquierda, el fin del espectro ideológico crítico admisible”. Por supuesto, se admite que no todo es perfecto, hay algunos defectos, algunos han sido dejados atrás en el milagro económico, y dado que somos personas de buen corazón, tenemos que hacer algo al respecto. Estos “defectos” reflejan un dilema profundo y preocupante. El crecimiento rápido y la gran prosperidad traídos por la globalización tienen una concomitante: desigualdad creciente, porque hay algunos que carecen de las habilidades para disfrutar de estos maravillosos dones y oportunidades.

Esa imagen es tan convencional que podría resultar difícil darse cuenta de que, aparte de la creciente desigualdad,

es totalmente falsa. No hay nada de verdad en ella, y es sabido que es falsa. El crecimiento económico per capita en la llamada década rugiente de 1990 en los Estados Unidos fue aproximadamente el mismo que en Europa, mucho más bajo

que en los primeros veinticinco años de posguerra –antes de lo que se llama globalización. Así podemos preguntarnos cómo la imagen convencional puede ser tan radicalmente diferente de hechos sobre los cuales no existe controversia –y efectivamente no existe

controversia. La respuesta es muy simple. Para un pequeño sector de la sociedad, los ‘90 realmente fueron un boom económico sublime. Ese sector casualmente incluyó a las personas que cuentan a todos los demás las maravillosas noticias. Es sólo que el mundo es diferente. Hay un equivalente en India al cual no necesito referirme: es familiar.

Supongamos que damos una rápida mirada al registro a lo largo de un período más largo. La integración económica internacional, lo que se llama globalización en un sentido técnico, aumentada constantemente hasta la Primera Guerra Mundial, y nivelada o reducida entre las guerras, se retomó nuevamente después de la Segunda Guerra Mundial. Está ahora alcanzando aproximadamente los niveles de un siglo atrás según las mediciones en bruto. La estructura fina es bien diferente.

Según algunas mediciones, el período anterior a la Primera Guerra Mundial tuvo un grado más alto de integración internacional. Esto se relacionó particularmente con los movimientos de gente, lo que Adam Smith llamó “la libre circulación de mano de obra”, que fueron el fundamento del libre comercio. Alcanzó su punto culminante previo a la Primera Guerra Mundial, y es mucho más baja ahora.

Según otras mediciones, la globalización es más grande ahora, y más dramática en lo que respecta al flujo de capital especulativo de corto plazo, que está muy por encima de cualquier precedente. Estas diferencias reflejan las características centrales de la versión contemporánea de la globalización. Hasta un punto que va incluso más allá de la norma, el capital tiene prioridad –las personas son de importancia secundaria.

Hay una medida más técnica de la globalización. Se trata de la convergencia a un mercado global, que significa un único precio y salario en todas partes. Eso ciertamente no ha sucedido; de hecho, ha sucedido lo opuesto. En lo que respecta a los ingresos, la inequidad está en alza a lo largo

“...el NAFTA debió ser impuesto efectivamente en secreto diez años atrás. Y hasta el día de hoy, la posición oficial del movimiento de trabajadores no ha podido expresarse en la prensa libre...”

del período de globalización –al interior de los países y a través de los países. Y se espera que ello continúe.

La comunidad de inteligencia estadounidense, con participación de especialistas de profesiones académicas y del sector privado, recientemente publicó un importante informe sobre sus expectativas para los próximos quince años.

Tienen varios escenarios. El más optimista es que la “globalización” seguirá su curso: “su evolución será escabrosa, marcada por volatilidad financiera crónica y una división económica creciente”. Ello significa menos convergencia, menos globalización en el sentido técnico, pero más globalización en el sentido doctrinario neoliberal.

Eso da una buena idea de hacia dónde se dirige el mundo, al menos si los Amos del Universo pueden proceder sin que la multitud provoque demasiadas interrupciones. He advertido ya que los planificadores militares están adoptando las mismas proyecciones y explican abiertamente que los abrumadores recursos de violencia, que han de basarse en el espacio en la nueva era, deberán servir para mantener bajo control a las crecientes cantidades de pobres. De modo que volvamos a ese dilema profundo y preocupante por el cual se supone que estemos preocupados. El rápido crecimiento y la gran prosperidad resultantes de la así llamada globalización han resultado también en desigualdad global, porque algunos carecen de las habilidades para usar las oportunidades. No hay dilema: el rápido crecimiento y la prosperidad son simplemente un mito, excepto para un muy pequeño sector.

Podemos debatir las consecuencias económicas de la liberalización del capital, pero una consecuencia está muy clara: socava la democracia. Eso fue muy bien comprendido por quienes formularon el acuerdo de Bretton Woods –Estados Unidos y Gran Bretaña– después de la Segunda Guerra Mundial. Una razón explícita por la cual esos acuerdos se fundaron en la regulación del capital fue permitir a los gobiernos llevar adelante programas sociales democráticos, lo cual tuvo enorme apoyo popular, incluso en los Estados Unidos. El libre movimiento del capital produce lo que se da en llamar un “Parlamento Virtual”, que tiene “poder de veto” sobre las decisiones de los gobiernos, restringiendo marcadamente las opciones democráticas.

Citaré ahora de artículos técnicos referidos al sistema financiero:

Con el libre movimiento del capital, los gobiernos enfrentan un “doble electorado” –votantes y especuladores. Los especuladores “conducen referéndums momento a momento sobre las políticas gubernamentales”, y si éstas no les gustan, las “vetan” atacando la moneda del país o retirando su capital. Incluso en los países ricos, el electorado privado

prevalece. Se entiende que ésa es una diferencia muy notable, quizá la más significativa, entre la fase actual de la globalización y el período anterior a la Primera Guerra Mundial, al cual se parece en parte.

El ataque a la democracia es quizás la característica más significativa del período de globalización, a menudo llamado la “Edad de Plomo” en comparación con la “Edad de Oro” que la precedió utilizando, apenas, medidas económicas directas. Otros componentes del programa neoliberal llevan a los mismos fines. Las decisiones socioeconómicas se trasladan crecientemente a concentraciones de poder inauditas, una característica esencial de las reformas neoliberales. Hay una extensión substancial de este ataque a la democracia. Se la está negociando sin discusión pública en Génova en las negociaciones sobre el GATTs (*General Agreement for Trade and Services*), y está adquiriendo importancia en Doha ahora mismo. El término “servicios” se refiere a cualquier cosa que pudiera caer en la arena de la elección democrática. Así, la salud, la educación, la asistencia social, la seguridad social, las comunicaciones, el agua, otros recursos –cualquier cosa que involucre algo de esto, es “servicios”. Ahora no hay un sentido significativo por el cual la transferencia de servicios a manos privadas sea llamada “comercio”. Pero entonces resulta que el término *comercio* ha sido tan despojado de significado, que sería me-



por extenderlo a esta parodia también. Es un término encubierto para pasarlo al poder privado.

Este término, “comercio en el sector de servicios”, es de hecho un eufemismo para programas diseñados para minar la soberanía popular y reducir la arena de la elección democrática transfiriendo decisiones acerca de los más importantes aspectos de la vida de la arena pública a tiranías privadas a las que no puede hacerse responsables. Las grandes protestas públicas en Québec en abril del año pasado en la Cumbre de las Américas estaban en parte dirigidas al intento de imponer estos principios del GATT en secreto como parte de la recientemente planeada Área de Libre Comercio de las Américas. Y permanecieron en secreto: secreto que fue guardado por la autocensura de la prensa libre. Estas protestas reunieron a un amplio conjunto —de hecho, sin precedentes— incluyendo a los poderosos sindicatos y partidos socialdemócratas de Sudamérica, sus equivalentes en el Norte, y muchos otros —todos fuertemente opositores de lo planeado por los ministros de comercio y los ejecutivos de las corporaciones por detrás de las puertas que permanecieron fuertemente cerradas, y por buenas razones.

En los Estados Unidos ha habido de hecho una transición de una Edad de Oro a una Edad de Plomo. Para una gran parte de la población —probablemente para el 70%— los ingresos se han estancado o disminuyeron durante estos veinte años de “economía de cuento de hadas”. La situación empeora si sacamos a Hawai de las mediciones estándar y analizamos los costos reales.

Más aún, las reglas del juego tal como están formuladas en la Organización Mundial de Comercio (OMC) probablemente extiendan estos efectos. Cualquiera que esté familiarizado con la historia económica puede ver exactamente qué está sucediendo. Las reglas de la OMC específicamente prohíben que las medidas que fueron usadas por todos los países ricos —Inglaterra, Estados Unidos, Japón y el resto— alcancen el estado actual de desarrollo. También proveen niveles sin precedentes de proteccionismo para los ricos, incluyendo un régimen de patentes que impide la innovación y el crecimiento en formas originales, y permite a las corporaciones amasar enormes ganancias mediante el establecimiento de precios monopólicos de los productos que a menudo son desarrollados con sustancial contribución pública.

Si los Estados Unidos, hace doscientos años, hubieran sido forzados a aceptar este régimen, Nueva Inglaterra, el lugar donde vivo, estaría ahora buscando su ventaja comparativa en la exportación de pescado. Ciertamente no estaría produciendo textiles, que sobrevivieron solamente mediante tarifas exorbitantes destinadas a dejar afuera los productos británicos; lo mismo con el acero y otras industrias, y eso continúa hasta el presente, incluyendo los años de Reagan y su proteccionismo extremo. La relación de Inglaterra para con India fue en gran medida la misma hasta que India

fue efectivamente desindustrializada por la combinación de un liberalismo forzado para los perdedores y altos niveles de protección y un estado poderoso para los ganadores. Y esto vale también para el resto del mundo.

Demos una mirada a las sociedades que se han desarrollado —Europa, Inglaterra y sus sucursales, los Estados Unidos, Japón y un par de países en su periferia. Los países desarrollados, coincidentemente, son casi los mismos que fueron capaces de resistir el colonialismo europeo y el liberalismo forzado. La correlación es muy impactante y conocida por los historiadores económicos.

No quiero sugerir que los pronósticos son uniformemente desalentadores. Ha habido desarrollos muy prometedores en las décadas pasadas. Uno de ellos es la evolución de una cultura de los derechos humanos entre la población en general, tendencia que se ha acelerado muy velozmente desde la década de 1960, cuando todo el fermento de esos años tuvo un efecto civilizador sustancial en muchos terrenos. Una característica significativa es la importancia creciente de la preocupación por los derechos civiles y humanos, incluyendo los derechos de las minorías, los derechos de las mujeres y los derechos de las generaciones futuras. Esa es la fuerza del movimiento ambiental, que se ha tornado significativa en las últimas décadas. El movimiento de desarrollo humano que fue iniciado por Amartya Sen y Mahbub ul-Haq en particular, y al cual se refieren las conferencias que di en Lakdawala, es una manifestación de ello.

En el transcurso de la historia moderna, ha habido muy importantes logros en derechos humanos y control democrático en al menos algunos sectores de la vida. Raras veces dichos logros fueron el don de líderes iluminados. Fueron impuestos a los estados y otros centros de poder mediante la lucha popular.

Los efectos dañinos del proyecto corporativo de globalización han llevado a protestas masivas y activismo en el Sur durante varias décadas, con la incorporación de grandes sectores de las sociedades industriales en los últimos años, y alianzas que han venido teniendo lugar a nivel de base. Podría resultar que esos impresionantes desarrollos demostraran ser muy importantes si su intensidad puede sostenerse en formas que profundicen los vínculos de simpatía, solidaridad e interacción que se han venido desarrollando. Y es justo decir que el futuro de nuestras especies en peligro de extinción podría ser determinado en gran medida por cómo evolucionen estas fuerzas populares.

■ Nota

1 El presente artículo es una versión abreviada por Ati-